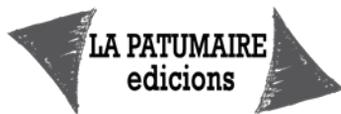


DESIGNIOS DE
UNA GUERRA

DESIGNIOS DE UNA GUERRA

GRACIA PÉREZ



Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, sin previa autorización por escrito de los titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril 2011

© 2011, del texto: Gracia Pérez

© 2011, foto portada: Cristóbal Poyato

© 2011, de esta edición: La Patumaire Edicions, SL

Gran Via, 16

08600 Berga (BCN)

Tel. 902 50 12 25

info@lapatumaire.com

ISBN: 978-84-938541-0-2

Depósito Legal:

Impreso en la CE

*Para todos aquellos que padecieron
las secuelas de la guerra*

ÍNDICE

Prólogo	11
Nota de la autora	13
Introducción	15
I Primavera de 1936	17
II Se estrechan lazos	29
III Nuestra escapada	43
IV Un asesino en el pueblo	53
V Huyendo del dolor	59
VI Aliados y enemigos	63
VII Navidad agridulce	85
VIII Sospechas y secretos	99
IX La maldad de Andrés	107
X La misma mano de siempre	117
XI El secreto de mi madre	127
XII Caza de brujas	137
XIII Como miel recién recogida	145
XIV Pactar con el mismo diablo	161
XV El primer golpe	169
XVI Navegando hacia las tinieblas	185
XVII La casa de <i>la Abuela</i>	205
XVIII La venganza es un deber	217
XIX Descargar el odio	233

XX Que Dios os perdone	243
XXI Una espina en el camino	251
XXII Sacar a la fiera	263
XXIII Prioridades	271
XXIV Reencuentro y separación	279
XXV Un futuro sin Tomás	305
XXVI De Julia a Brigitte	317
XXVII La llegada de Jérémie	335
XXVIII El sonido de las llaves	341
XXIX El principio del fin	347
Epílogo	351

PRÓLOGO

Escribir un prólogo implica siempre un severo compromiso y una responsabilidad. Es un privilegio y un honor poseer la confianza suficiente de la autora para abrirles a ustedes la puerta de su primera novela.

Qué poco se imaginaba Julia en plena juventud, llena de ilusiones y con toda la vida por delante que la guerra le arrebataría todo y que la llevaría a vivir situaciones que marcarían su camino, su presente y su futuro... Cuánto luchó por amor y por la libertad que le fue negada.

Mucho sufrimiento, intriga y pasión que ponen en evidencia la sensibilidad y fragilidad del ser humano.

Es la cara de una España que en 1936 luchó en el bando republicano defendiendo sus ideales y peleando por las libertades, que en nombre de Dios y la Patria les eran arrebatadas.

Con estas líneas de introducción, ustedes pueden hacerse una idea del contenido de esta novela. No es mi intención predisponerles, pero no pierdan tiempo y sumérjanse en esta historia. Es de fácil lectura, bien narrada, amena, perfectamente ambientada y muy emotiva; les enganchará desde la primera página.

Y si al leerla encuentran algún error, que este no les oculte todas las innumerables virtudes de la escritora, una gran persona quien, a base de constancia, esfuerzo, tenacidad, trabajo, dedicación y mucho amor, ha sido capaz de convertir un sueño en realidad.

Estoy convencida que esto es solo el inicio de lo que será una larga andadura en el mundo editorial. Así se lo deseo porque se lo merece.

M. Àngels Presas

NOTA DE LA AUTORA

Los que me conocen saben que mi gran sueño era escribir un libro y por fin lo he conseguido. Lo que ha significado no lo puedo expresar con palabras, solo sé que he disfrutado de cada momento de entrega y dedicación al crearlo. Ha sido en todo instante gratificante y enriquecedor.

Mis personajes son ficticios, pero por desgracia fueron muchos los hombres y mujeres que pasaron por una historia semejante a la de mis protagonistas. Con este libro me gustaría hacer un pequeño homenaje a todas aquellas personas que sufrieron las consecuencias de la guerra.

Muchos nombres de mi libro forman parte de los miembros de mi familia, eso significa que también les he querido hacer partícipes de mi sueño. Sobre todo a mis abuelas, Justa y Engracia.

Gracias a mi familia, mi marido, mis hijos, por el tiempo que no les he dedicado por escribir y que siempre han entendido. A mis padres por desear que consiguiera mi sueño y a todos mis amigos por creer en mí.

Pero hay una mujer que se merece una mención especial, ya que ha compartido conmigo cada instante de este libro desde

que comenzó a fraguarse en mi mente. Ella ha sido mi socia y compañera en esta aventura, ha leído día a día lo que yo escribía, comentando diálogos y expresando su opinión. Ella es mi gran amiga Marisa, estoy convencida de que sin su apoyo no hubiera llegado al final. Marisa, gracias por quererme tanto.

Con todo mi cariño y gratitud por lo que siempre me han aportado como personas, se lo dedico, de todo corazón, a tres mujeres muy importantes de mi vida sin las cuales no sería quien soy: Marisa, Joana y Begoña.

Espero que todo aquel que lea mi obra disfrute tanto como yo escribiéndola.

Gracia Pérez Cortés

INTRODUCCIÓN

Sentada en este sillón, viendo como mis manos tiemblan y mi cuerpo no responde a lo que mi mente desearía hacer, evoco el pasado, haciendo pasar por mis ojos todo el amor, el dolor, el hambre, las risas, los olores, el vigor y la energía de los dieciocho, de los veinte, de los treinta años; cuando luchar no era una elección, era la necesidad de hacer algo por lo injusto y doloroso de una dictadura cargada de humillación, hambre y asesinatos.

Ahora mi cuerpo se traslada, como por arte de magia, a aquella época tan dura, y a la vez tan maravillosamente enriquecedora, a la que debo todo lo que he sido como mujer hasta los días de hoy.

I PRIMAVERA DE 1936

Me encanta estar sentada en la orilla del río, escuchar el sonido de sus aguas rebosantes de nieves derretidas que bajan de las montañas donde han pasado el invierno, oír los trinos de pájaros, oler el aroma dulce y penetrante de las flores, percibir los pinos que me rodean, las lagartijas al sol, contemplar los reflejos plateados de los peces mientras juegan en las aguas transparentes del río. Toda esta belleza está situada en el valle de la sierra de Gredos, y mi pueblo se llama el Pontón.

Estoy tan concentrada en mis pensamientos que ni siquiera me percató de lo que ocurre a mi alrededor.

—¡Julia, Julia, Julia ya estás como siempre! Hija mía, ¿cuándo pisarás la tierra? —se lamentaba mi madre.

—No se enfade madre, que yo piso la tierra pero de vez en cuando vuelo lejos y alto. —Al mismo tiempo que reía corrí al lado de mi madre plantándole un sonoro beso en la mejilla—. ¿Qué ocurre madre? ¿Por qué tanta prisa?

—Julia, vives en otro mundo, es la hora de las comidas, pronto empezarán a llegar los paisanos, las mesas se llenarán y tú...

Me miró con los ojos como platos, sacudiendo la cabeza en sentido de pura abnegación, porque esto ocurría tantas veces que mi pobre madre pensaba que de mí nunca sacarían nada de provecho. Por el camino que llevaba hasta mi casa, salpicado de amapolas y jaras, iba pensando que era la chica más feliz del mundo. Vivía donde quería estar, rodeada de hermosura y querida hasta más allá de lo que uno puede esperar o imaginar. Iba cantando junto a mi madre, mano junto a mano. Aquella pequeña mujer, que tan frágil parecía, era tan fuerte como un roble. Se levantaba al amanecer para atender las tierras y después trabajaba en la venta sin descanso durante horas. Siempre la recuerdo colocándose el pañuelo que cubría su cabeza del calor y del frío, de color negro como toda la ropa que usaba, llevando un luto perenne por los que faltaban.

Al llegar a casa, me envolvieron los aromas de las comidas que mi madre tenía en los pucheros puestos en la lumbre.

—¡Hola, a todos! Buenos días.

—Hola Julia —contestaron los hombres que había en la venta. Entre ellos se encontraba Bernardo, el panadero, y Pedro, un vecino que venía de sus tierras junto a Manuel; los dos estaban sucios de trabajar. Manuel era caminero y trabajaba de sol a sol haciendo carreteras.

—¿Han ido hoy al río? —pregunté—. Porque realmente está espectacular, podría estar horas mirándolo y no me cansaría.

—Ay, Julia, Julia —dijo Manuel—, tenemos otras cosas que hacer y que pensar. —Y se echó a reír. Los demás le hicieron coro

con sus risas.

Manuel se dirigió a mi padre:

—Antonio, ponme otro vino, a ver si quitamos los pesares que empiezan a hacer mella, y de paso pon un plato de esas patatas con bacalao de María, que no sabemos cuánto tiempo podremos comerlas.

—No seas pájaro de mal agüero, que no será para tanto —dijo mi padre.

—¿No sabes lo que está ocurriendo? ¿Lo que se oye? De verdad que se me ponen los pelos tiesos solo de pensar en lo que he oído.

—¿Tan serio es? ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Pedro.

—Malos tiempos se avecinan, malos amigos. Quizá se nos acabe esta tranquilidad de ahora, esta libertad, divina libertad, y tengamos que luchar.

A mí aquellas palabras me dejaron clavada en el suelo y pregunté tímidamente:

—¿Qué dices Manuel? ¿Es verdad?

—Julita cariño, deseo que no lo sea, pero creo no ir equivocado.

—Bueno Manuel, deja de asustar a la niña, ya veremos lo que se nos viene encima —cortó Bernardo.

Comimos y el resto de la tarde lo pasé con mi amiga Engracia. Como siempre, hablamos de nuestras cosas y sobre todo de nuestros sueños y amores. Yo estaba que bebía los vientos por el maestro del pueblo. Tomás era tan guapo, alto, delgado, con aquellos ojos tan negros y sobrios... Lo que más me gustaba de él

era su boca, una boca que invitaba a besar, pero yo de esas cosas poco sabía con mis diecisiete años y sin experiencia alguna en ese tema. Sin embargo, mi amiga era más espabilada que yo en estos asuntos; Engracia ya se había besado con dos. Uno era del pueblo, Andrés, el hijo del alcalde, que tenía el mismo nombre que su progenitor, y el otro un viajante que vino por el pueblo, y mi querida amiga no dudó en ponerlo a prueba. Ella siempre decía: «No dejes para mañana lo que puedas besar hoy». Si su madre lo hubiera sabido, se hubiera pasado encerrada toda su vida.

—Mira, Julia, lo que tienes que hacer es cambiar, parece mentira que pegues los tiros tan alto. Confórmate con los chicos del pueblo, que tampoco están tan mal.

—Es que no puedo. Cada vez que lo veo me tiemblan las piernas y mi corazón se desboca.

—Jesús, hija, sí que te ha dado fuerte. ¿No ves que es mucho para ti? Es refinado, culto y además se dice que viene de una familia con posibles de Madrid.

—¿Y a mí qué? En mi corazón no mando, va él solito por libre. Y además, ¿quién te dice a ti que no se fije en mí, listilla? ¿No te besaste tú con el viajante?

—Pero eso es otra cosa... Bueno, vamos a cambiar de tema, que al final nos peharemos. ¿Has visto u oído algo por la venta? Los hombres del pueblo están un poco alterados... He escuchado a mi padre decirle a mi madre que hoy había una reunión en la iglesia, por lo que oí convocada por el padre Benito.

En esos momentos me vino a la cabeza la conversación de la

venta.

—Me parece que algo malo está a punto de ocurrir, porque yo también he escuchado algo. ¿A qué hora has dicho que era la reunión? —pregunté.

—Me pareció entender que a eso de las cinco y media.

Me quedé mirando a mi amiga, ella comprendió enseguida lo que le quería decir y al momento las dos salimos corriendo como locas rumbo a la iglesia. Allí estaba casi todo el pueblo: Bernardo, Andrés el alcalde, Pedro, Kiko, Manuel, Paco, mi padre, mi hermano Miguel, el párroco y más hombres del pueblo. Mientras miraba para ver bien a todos los que había, mis ojos toparon con Tomás y casi me caí de la piedra a la que nos habíamos subido para poder mirar dentro de la iglesia. La pequeña abertura por la que observábamos era tan pequeña que teníamos que hacer verdaderas filigranas para no caernos. Mi amiga me reprendió por no tener más cuidado. Pusimos toda nuestra atención en lo que dentro se hablaba. Al primero que oímos fue al padre Benito dirigiéndose a los demás.

—Os he reunido aquí a todos por los rumores que llegan a nuestro pueblo, supongo que ya percibís qué quiero decir. Parece ser que el Ejército y muchos otros ciudadanos están tramando un posible levantamiento de los nacionales.

Al oír aquello las dos nos miramos sorprendidas y asustadas, abrí la boca para hablar, pero Engracia me puso el dedo en ella, de modo que callé y escuché.

—Todo lo que se dice es verdad —replicó Manuel—, tenemos

que estar preparados para lo peor.

—¿Qué es lo peor? —preguntó Kiko, el padre de Engracia.

—La guerra, la dichosa guerra. Si los nacionales intentan dar un golpe de Estado, ¿nos vamos a quedar con los brazos cruzados? —dijo Manuel.

—Calma, hijos, ese momento todavía no ha llegado, pero lo que debemos hacer es intentar proveer al pueblo de todo lo necesario, por si eso llegara. —Con estas palabras el párroco intentaba tranquilizar a los parroquianos que comenzaban a exaltarse.

—Lo que hay que hacer es apuntarse al Ejército Republicano ya. ¡No esperemos a que sea tarde! —dijo mi hermano Miguel nervioso y agitado. Su sugerencia fue vitoreada por la mayoría de jóvenes que había en la iglesia. Entonces se me paralizó el corazón al oír la voz de Tomás:

—Escuchad, compañeros, las prisas son malas consejeras, es mejor esperar, como dice el padre, reunir la máxima información posible y después tomaremos las medidas oportunas.

Mi padre y varios hombres del pueblo apoyaron la opinión del maestro, pero a los jóvenes les hervía la sangre, querían luchar para conservar la libertad y las tierras que eran suyas por derecho, después de los muchos sudores que sus padres y ellos mismos habían derramado trabajándolas.

—Eso lo dice el niño rico, como a ti nunca te ha faltado de nada... Tienes coche, casa en la ciudad y seguro que un buen fardo de billetes, y además, seguro que tú no pasarás hambre —masculló uno de los jóvenes llamado Felipe.

—¡Silencio y respeto! —gritó Manuel—. Aquí todos somos iguales. ¿O no te das cuenta que estamos todos en el mismo saco? Lo mejor que podemos hacer es lo que ha dicho Tomás. Buenas tardes a todos y, cuando sea necesario, nos volveremos a reunir.

Engracia y yo salimos corriendo como alma que lleva el diablo para que los hombres no nos descubrieran, aunque ni siquiera se hubieran dado cuenta de nuestra presencia. Las caras con las que salían de la iglesia demostraban una preocupación absoluta. Cada uno se fue a su casa; ni tan solo tomaron un vaso de vino en la venta, supongo que cada uno tenía que esclarecer sus ideas.

Al día siguiente, mientras estaba en la venta ayudando a mi madre, apareció por allí, como tantas veces, don Marcelino, el médico.

—María, ponme un vino y esas truchas en escabeche que preparas tan ricas, que tengo el estómago en los pies. He tenido una mañana de lo más movidita, parece que hoy todo el mundo se ha puesto enfermo. Si te digo la verdad, me parece que muchos lo que tienen es ganas de quedarse en casa, y no me extraña, con lo que se habló en la reunión de ayer es para tenerlo. —Mi madre le sirvió el vino y las truchas y él continuó hablando—: Aunque, para ser sinceros, hay alguien que sí que está enferma, es Justa. Ha cogido un catarro muy fuerte y tiene mucha fiebre. Me tiene muy preocupado, con lo mayor que es, lo sola que está en la vida y su ceguera, realmente es un problema.

—No se preocupe usted, que ahora mismo le preparo un caldo y se lo lleva Julia. Y además, se quedará con ella haciéndole com-

pañía. ¡Faltaría más! No voy a dejar a mi comadre sola en estas circunstancias, ella jamás lo haría.

Continuaron hablando del tiempo y de que ese invierno no había sido especialmente cruento con el pueblo, en lo que se refiere a muertes y enfermedades. A eso de las cuatro mi madre me dio una olla y me mandó a casa de Justa. La verdad es que yo no iba de muy buena gana, para mí, desde luego, no era la mejor manera de pasar la tarde, pero como me lo había mandado no me quedó más remedio que ir sin rechistar.

Cuándo llamé a la puerta se oyó una voz alejada y apagada que me decía:

—Pasa, está abierto.

—Soy Julia, me manda mi madre con sopa y para que te haga compañía.

—Benditas las almas como vosotras que siempre tenéis tiempo de acordaros de los que os necesitamos. Pero ven, hija, siéntate aquí, a mi lado, y cuéntame cómo van las cosas por el pueblo. No viene mucha gente a verme, pero sí se aproxima alguna, y me han contado que hay rumores de que puede pasar algo muy gordo.

Yo no sabía qué decir porque lo que le podía contar lo había escuchado a hurtadillas, pero según mi madre Justa era una mujer muy sabia, y en la que se podía confiar; esto lo noté cuando me miró con aquellos ojos vacíos de vida y con su lánguida voz me susurró:

—Cuéntamelo, Julia, cuéntame lo que atenaza tu joven corazón. Sin darme apenas cuenta, empecé a narrarle todo lo que ha-

bía oído, visto y escuchado, en menos de diez minutos. Cuando acabé de hablar, cogí aire y respiré; había estado hablando sin parar y sin acordarme prácticamente de respirar. Nunca pensé que Justa pudiera percibir la angustia de los demás solo con oír respirar y pronunciar cuatro palabras. ¿Qué escondía aquella mujer tras esos ojos que no veían?

—Mira Julia, lo que me has contado es terrible y no me cabe la menor duda de que va a ocurrir. Es más, me aventuro a asegurar que no tardará mucho y tenemos que estar preparados para el horror que nos tocará vivir. Pero tú tienes que saber algo, en esta lucha vas a jugar un papel muy importante, y para eso tienes que estar preparada y, aun así, muchas veces dudarás de tu habilidad y te fallarán tus energías para seguir adelante. Pero lo harás, saliendo victoriosa de casi todos los proyectos que tengas que llevar a cabo. No me mires así, ya sé que ahora no lo entiendes, confía en mí, yo te prepararé para el futuro que te espera.

Me había quedado sin habla escuchando a Justa, no entendía nada de nada. ¿Cómo podía saber ella mi destino o lo angustiada que yo estaba? Nuestra conversación se vio interrumpida por una llamada a la puerta.

—¿Se puede pasar? —preguntó una voz muy familiar para mí, y noté que empezaba a sonrojarme hasta el nacimiento del pelo.

—Pasa, Tomás, pasa hijo, no sabes la alegría que me das. Además, me vienes como anillo al dedo.

Al entrar Tomás en la habitación se quedó tan sorprendido como yo.